

La actualidad de los ejercicios espirituales

Cómo responder, en el juicio y en la acción, a la barbarie, es la cuestión que se plantea con toda su fuerza moral en la actualidad. Para ir encaminándonos hacia una alternativa que conserve todo su tinte humano, hay dos aspectos que nos invitan a la reflexión: el primero de ellos es el hombre que puede tomarse a sí mismo como objeto de estudio; y el otro es el entorno social en donde el hombre proyecta, más específicamente, su naturaleza intelectual y volitiva. El complejo entretelado de lo antropológico y lo social, apunta hacia la presencia de una configuración subjetiva-objetiva, que no solamente entraña *lo que* el hombre puede conocer, sino *el cómo* debe actuar; actuar decisivo, radical, cuando el hombre se vuelca en el mundo comprometiendo lo más íntimo de su ser: su espíritu.

Al hombre, en cuanto microcosmos, se le describía en la escolástica, como un lugar de conjunción y como horizonte entre el espíritu y la materia. Dicho de otro modo, el bagaje metafísico del hombre como *soma* y *pneuma*, lo determina a tener una vida interior espiritual, pero la cual se hace patente materialmente, siendo así que, en el hombre como *zoon lógon ékhon*, -animal, parlante, pensador, divinizado-, subyace la búsqueda de la perfección en todo lo que realiza. Así las cosas, la riqueza filosófica del vocablo “espíritu” radica en que designa todos los diversos modos de ser que de algún modo trascienden lo vital. Esto indica que el hombre es capaz de distanciarse de lo tangible, y con ello recobra fuerza la dualidad hombre-mundo, entre lo subjetivo y lo objetivo. Sin embargo, el alejamiento implica, o mejor dicho, reclama al espíritu un acto muy particular, y es el de replegarse sobre sí mismo. Es pues, este espíritu, el que debe efectuar la reflexión, fungiendo como causa formal, que determina a la causa material que sería el pensar; y, una vez que esto se realiza, surge el pensamiento.

Una vez entendido lo anterior, la pregunta que surge, es ¿existe alguna disciplina que ejercite al espíritu en su búsqueda de verdad y en la formación de su ser moral? La respuesta es sí. En su libro *¿Qué es la filosofía antigua?*, Pierre Hadot enfatiza, antes que nada, la estrecha relación que existe entre la Filosofía como *modo* de vida y el discurso filosófico que motiva hacia la elección de una particular forma de vida filosófica. Se establece, pues, un diálogo ininterrumpido e inseparable entre la teoría y la práctica; no se puede hablar de un discurso filosófico, si no hay un cambio radical en la forma de vivir. En propias palabras de Hadot: “*Vida filosófica y discurso filosófico son inconmensurables ante todo porque son de orden totalmente heterogéneo*”(1998). Esto significa que ambas se influyen mutuamente, y el resultado palpable, es que se verifica un muy particular “proceso” interno que conlleva modificaciones psíquicas, esto es, que las disposiciones interiores no pueden ya permanecer en el estado anterior en el que se hallaban. Hay que señalar, que para todas las escuelas de la Antigüedad, la filosofía no consistía en la enseñanza de una teoría abstracta, aun menos en una exégesis de textos, pero en un arte de vivir, en una actitud concreta, en un estilo de vida determinado que compromete toda la existencia. El acto filosófico no se sitúa solamente en el orden del conocimiento, pero en el orden del “sí” y del ser: es un progreso que nos vuelve mejores.

Por ello, el acto reflexivo que la Filosofía exige, no es un mero pensar algo o en algo, sino hacer que ese algo se vuelque sobre sí mismo. Con respecto a este carácter reflexivo de la Filosofía, apunta Maurice Chevalier: “[...] *la Filosofía consiste en un modo de pensar la realidad, indicándose con ello que no se trata de una subordinación por parte de la Filosofía, o de una absorción de ésta por el pensar, sino que es un enlace que se establece por medio del espíritu humano*” (1969). He aquí la indisoluble relación que funde, en un mismo momento, el pensar y la actividad filosófica; es entonces, cuando se puede hablar del ejercicio del espíritu que piensa buscando la verdad.

Ahora bien, la expresión ejercicios espirituales, puede confundir al lector contemporáneo porque no es de buen tono emplear hoy en día la palabra espiritual. Aun así, hay que hacerlo, dado que los otros adjetivos o calificativos posibles, tales como: “psiquismo”, “moral”, “ético”, “del pensamiento”, “del alma”, no abarcan todos los aspectos de la realidad que queremos describir. Pero analicemos más de cerca el por qué. En primer lugar, se podría hablar de “ejercicios del pensamiento”, puesto que el pensamiento, dentro de estos ejercicios, se toma a sí mismo como materia y busca modificarse a él mismo; pero la palabra “pensamiento” no deja suficientemente en claro que la imaginación y la sensibilidad intervienen de una manera importante en estos ejercicios. En segundo lugar, por las mismas razones, no podemos satisfacernos con decir “ejercicios intelectuales”, si bien los aspectos intelectuales (definición, división, razonamiento, lectura, búsqueda, amplificación retórica) tienen un rol muy importante. Y en tercer lugar, decir “ejercicios éticos” sería una expresión tentadora, porque, como lo veremos, los ejercicios en cuestión contribuyen poderosamente a la terapéutica de las pasiones y se refieren a la conducción de nuestra vida. Empero, sería una perspectiva muy limitada. Y además, porque como bien lo señalaba Tales de Mileto: “....*el más rápido es el espíritu, porque lo recorre todo*”(1969).

A partir de este momento, al decir ejercicios espirituales sabemos que se erigen sobre una base filosófica que debe ser fortalecida a través de los fundamentos morales de la misma; en otras palabras, ejercitamos el espíritu para comprender y seguir una determina vía moral. Antes de proseguir, hay que considerar tres aspectos relevantes: primeramente, los ejercicios espirituales en la Antigüedad eran designados como *askesis*, como una práctica, una gimnasia; en segundo lugar, la terapéutica espiritual requiere, precisamente, de la práctica de los ejercicios espirituales los cuales consisten en una transformación profunda en la manera de ver y de ser de la persona; y por último, que la práctica de los ejercicios espirituales conduce hacia una conversión que conmueve toda la vida, que cambia el ser de aquel que la acomete. Esta conversión hace que la persona pase de un estado de inautenticidad, oscurecida por la inconsciencia, socavada por las preocupaciones, a un estado de vida auténtica, en la que el hombre alcanza la consciencia de sí, la visión exacta del mundo, la paz y la libertad interiores. Y como lo afirmaba Epicteto: “*El progreso espiritual no consiste en explicar mejor, sino en transformar su propia libertad*”.

Si bien antes de Sócrates hay referencias históricas que indican la práctica de ejercicios espirituales, es el “Cognoscete ipsum” -aforismo inscrito en el Oráculo de Delfos-, el que abre las puertas a la auto-reflexión. Las escuelas filosóficas comprendieron que el conocerse conlleva al descubrimiento de la esencia del ser, y a través de la humildad llegar al auto-conocimiento. Una cosa es saber del ser y otra saber que soy, sin embargo hay que saber cómo se puede ser mejor de lo que ya se es. En este punto se revela el ejercicio espiritual con fuerza metafísica, antropológica y moral: lo que es un proceso *continuum*.

Entonces, y sin duda alguna, se habla de una *askesis* en donde el hombre en su totalidad se haya implicado, y en donde su verdadera figura humana va apareciendo, ya sea de acuerdo al ideal estoico- porque su espíritu se encuentra atento para saber y querer plenamente lo que hace, distinguiendo claramente entre lo que depende de él y lo que no depende de él, liberándose de las pasiones pasadas y por venir, pronto a responder a los acontecimientos, impregnado de la regla de vida aplicándola por el pensamiento a las diversas circunstancias. Transformación espiritual que se concretiza y realiza en el minúsculo tiempo presente, siempre controlable, siempre soportable; consciencia de sí despierta, memoria y meditación tendidas hacia el futuro.

O bien, -en base al ideal hedonista- porque su espíritu evita consumir su vida en la confusión de temores injustificados y de deseos insatisfechos, reconociendo a qué deseos hay que renunciar y a cuáles hay que satisfacer, contemplando el enigma de la naturaleza, imaginando el infinito, pensando en el placer de la amistad, recordando los placeres pasados y disfrutando de los placeres presentes. Transformación espiritual que se manifiesta en la decisión deliberada, siempre renovada, de la relajación y de la serenidad, profunda gratitud hacia la vida, memoria y meditación que nos desvelan el valor del simple hecho de existir.

Cabe señalar, que los ejercicios espirituales contienen tanto elementos intelectuales como elementos prácticos. Entre los primeros están: la lectura, la audición, la búsqueda y el examen profundo; y en los segundos tenemos el dominio de sí y el cumplimiento de los deberes sociales. Aunque la distinción nos permita apreciar el contenido, es menester preguntarnos por aquello que los articula vivificándolos y actualizándolos sin cesar. Consideremos, antes que nada que los ejercicios espirituales son, en efecto, un diálogo. Un diálogo es un itinerario del pensamiento en el cual el camino es trazado por el acuerdo, constantemente mantenido, entre el interrogador y el que responde, siendo así, que lo está en juego no es *de lo que se habla, sino de quien habla*. El carácter dialógico de todo ejercicio espiritual radica en que invita a un acercamiento de sí consigo mismo, pero por otra parte, un ejercicio espiritual puede ser practicado en común, teniendo siempre presente la atención de sí mismo. Para puntualizar, esta íntima relación entre el diálogo consigo mismo y el diálogo con el prójimo tiene una significación profunda; solamente aquel que es capaz de un verdadero encuentro con el prójimo es capaz de un encuentro auténtico consigo mismo y a la inversa es igualmente válido. El diálogo no es verdaderamente diálogo más que en la presencia del prójimo y de sí mismo. Desde este punto de vista todo ejercicio espiritual es dialógico, en la medida en que es ejercicio de presencia auténtica, a sí y a los otros.

Por eso, Platón lo subraya fuertemente: *“Una vez que dos amigos, como tú y como yo, están de humor para conversar, hay que utilizarlo de una manera más dulce y más dialéctica”* (1998). Esto de “más dialéctica”, dice Hadot, parece significar que no solamente buscamos repuestas verdaderas, sino más bien, que no fundamos la respuesta sobre lo que el interlocutor reconoce saber sobre sí mismo. Hay que recalcar que la dimensión del interlocutor es capital, puesto que impide al diálogo ser una exposición teórica y dogmática y lo obliga a ser un ejercicio concreto y práctico, ya que precisamente, no se trata de exponer una doctrina, pero de conducir al interlocutor a una cierta actitud mental determinada: es un combate amigable, pero real. Recordemos que el ejercicio espiritual tiene como objetivo el cambiarse, cambiándose a sí mismo de punto de vista, de actitud, de convicción, esto es, dialogar consigo mismo; es decir, luchar consigo mismo.

Como se puede apreciar, el diálogo consigo mismo y con los otros, expone abiertamente la necesidad de una distancia entre lo subjetivo y lo objetivo; lo subjetivo es aprehendido inmediatamente dado que se da o sucede en nuestra vida interior; sin embargo, esta subjetividad al querer salir, debe confrontarse con lo que se le opone, algo que se da o sucede fuera de ella. Esta es la raíz misma del ejercicio espiritual. Podemos decir que la imagen de un diálogo entre sí mismo y otro, se efectúa en el combate entre lo individual y lo universal. La decisión de querer entablar el diálogo, la oposición, la lucha, es precisamente una decisión espiritual fundamental. De hecho, nos representaremos mejor este ejercicio si lo comprendemos como un esfuerzo por liberarse del punto de vista parcial y pasional, ligado al cuerpo y a los sentidos, para elevarse al punto de vista universal y normativo del pensamiento, para someterse a las exigencias del Logos y a la norma del Bien. Ejercitarse, es dejar morir a su individualidad, a sus pasiones, para ver las cosas desde la perspectiva de la universalidad de la objetividad.

Habíamos mencionado al inicio, que el complejo entretendido de lo antropológico y lo social, indicaban primero, la oposición entre lo subjetivo y lo objetivo, para después señalar que ello conducía a las interrogantes sobre lo que el hombre puede conocer y el cómo debe actuar. Teniendo en cuenta que la transmisión de las ideas perfila la forma de toda comunidad que es la auténtica receptora de las tradiciones y de la cultura, dichas expresiones se manifestarán en lo más íntimo de aquélla. Cabe señalar, que todo producto cultural, o si se prefiere, “espiritual”, está condicionado por las circunstancias históricas concretas existentes en el momento de su manifestación. Al hacer referencia a estos aspectos no hay que olvidar que el hombre cumple con una doble función, educarse y educar dentro de la tradición y cultura que le es heredada, y por lo tanto actuará en consecuencia dentro del ámbito ético, político y económico, porque son las tres dimensiones que más tienen que ver con lo social

Comenzaremos por la dimensión más material. La economía es un arte-facultad. La esencia y fin de la economía, acto y hábito del hombre, es el uso de lo que necesita, su naturaleza, el principio activo de ese uso. Lo justo en lo económico es la búsqueda de lo necesario para la vida. Es notorio que la nueva economía ha tenido dos cambios radicales, por un lado rompe el vínculo natural entre la necesidad y el adquirir, convirtiéndola meramente en una necesidad artificial, creada; no esencialmente necesaria para el hombre, y por otra parte se hace una economía carente de las dos virtudes que son su objeto: la prudencia y la justicia.

En lo tocante a la dimensión política, ésta obliga al hombre a mantener el sentido de búsqueda del bienestar de su comunidad anteponiendo sus propios intereses al *bone commune*; es ella quien le brinda su vinculación con los demás, y es una vinculación que subsiste en el tiempo, pues el individuo sólo puede actualizar sus potencias haciéndose de los hábitos que han de configurar su personalidad, en virtud de su relación de dependencia con otros hombres. Empero, hoy en día, varios son los medios que emergen como portadores y promotores de una falsa perspectiva de la sociedad humana, pugnando porque ésta tome como punto de referencia la idea de un ser completo y autónomo, desde el cual se tienden los lazos hacia otros entes autónomos que le son semejantes.

Finalmente, está la dimensión ética; actividad espiritual por excelencia. A través de la conducta virtuosa sustentada en la perfectibilidad del hombre, la formación del carácter da como resultado un individuo con criterio propio, con una personalidad desarrollada, poseedor de una conciencia personal, y sobre todo independiente respecto a un medio ambiente que busca imponerle cuál debe ser su forma de vida.

Como se ha visto, el ejercicio espiritual da al hombre la posibilidad de vivir en la verdad y actuar en coherencia con el principio moral que lo conduce; modo de vida, una forma de estar en el mundo y habérselas con él. ¿Pero, en qué medida las condiciones económicas y políticas actuales han cercenado toda relación del espíritu con sus obras, han clausurado toda posibilidad de diálogo, para dar como resultado una crisis ética, o mejor dicho, una crisis espiritual? En el tercer capítulo de su libro *Orden Natural y orden moral*, Alberto Caturelli, nos presenta cómo la corrupción de las pasiones en la anti-cultura contemporánea conduce al hombre hacia el sin sentido de su existencia: la inteligencia sin verdad y el vaciamiento interior. Asimismo, el autor somete a nuestra consideración lo que él detecta como estrategias, tanto económicas como políticas, que no hacen más que socavar lo que es propio del hombre; a saber, su espíritu.

Muy acertadamente, Caturelli dibuja este nuevo contexto social, el cual no tiene ya ninguna referencia con la proyección espiritual creadora de una auténtica cultura humana, y en donde el hombre se ve sumergido en aquello que obstaculiza todo ejercicio espiritual. Por ello, como marco general en el cual se articulan las diferentes estrategias para desorientar a la inteligencia en su búsqueda de verdad, hay que considerar la presencia cada día más fuerte de la sofística, la cual niega *a priori* que la verdad sea el objeto de la inteligencia. Nada más impensable que una interioridad (la tuya, la mía) cuyo objeto no sea el ser interior y objetivo, interior y trascendente. Alejamiento y oposición requeridos para el acto reflexivo, como ya lo vimos. Y en palabras del autor: “*Una inteligencia sin objeto sólo puede formular una no-filosofía puesto que no tiene contenido: una contradictoria sofística sin ser en la que el juicio y el lenguaje se convierten en un “juego” sin sentido*” (2011). Esta sofística sin verdad, es el estado del “pensamiento” contemporáneo que pone de manifiesto el vaciamiento de su contenido, y con ello el hombre se convierte en una mera estructura, vacía; sin nada. Por eso, todo lo que él haga no hace más que denotar su vaciamiento, destrucción y disipación.

Ahora bien, las nuevas perspectivas económicas y políticas se afanan en distorsionar la percepción de las cosas. Sin puntos firmes de referencia, el espíritu es transportado dentro de un torbellino en perpetuo movimiento, para jamás encontrar la paz interior. Es así, que los componentes de esta vorágine forman parte del paisaje actual, y Caturelli los divide en tres etapas sucesivas.

En el primer paso están las nociones de hipertrofia y atrofia, representadas por una artificiosa distorsión y una superabundancia de imágenes que corrompen los sentidos, tanto al mismo sentido como a lo sentido. El hombre es bombardeado por imágenes que cambian y alteran la delectación propia del acto de toda operación orgánico-sensible, dando como resultado sobreexcitación y autodestrucción, lo que se refleja en una indistinción de las pasiones de dolor o de tristeza en donde “todo es igual”, “nada me importa”. Llevadas más allá de sus límites normales, las pasiones se hipertrofian; traspasado el límite se atrofian, creando una “realidad” distinta de la realidad.

En el segundo paso, está la cuestión de la esperanza, la utopía y la desesperación. La esperanza es una pasión que se especifica por su objeto: un bien futuro, arduo y posible; sin embargo, la sofisticada contemporánea corrompe la pasión de la esperanza sustituyendo su objeto por utopías que han profundizado hasta la frustración del hombre “esperanzado”. Ejemplos: la utopía del espíritu burgués descrita por Bernhard Groethuysen como “la autosuficiencia del hombre ciudadano de este mundo”, en el cual alcanza la felicidad por la acumulación de bienes materiales; la utopía de la sociedad sin clases que esperaba Lenin como “doctrina del proletariado, la época histórica que se avecina” pues “la doctrina de Marx es omnipotente porque es exacta”; por fin, asistimos a la última utopía del Nuevo Orden Mundial en una inmensa red de poder....donde todo estará previsto y dispuesto. Las tres utopías son inhumanas porque no ofrecen al hombre un bien concreto sino un “bien” abstracto; no se trata de un bien arduo, sino ilusorio. Aunado a esto, está lo que Caturelli denomina “La locura de las pasiones” que tienen como campo fértil tres conceptos que han sido despojados de su contenido educativo- es decir como expresiones del perfeccionamiento del hombre-, estos son: “progreso”, “desarrollo” y “status”. La palabra “progreso” ha sido transformada en la idea de “progreso indefinido”, lo que deja en “libertad” las pasiones humanas. Esta idea está íntimamente relacionada con la idea de “desarrollo”, pero un “desarrollo” somático-utilitario del hombre y de las sociedades, y en él encontramos la locura de las pasiones habituando al hombre a la superficialidad y “ligereza” de una vida individual y social carente de sentido. Después está el “status”, que hoy por hoy, se determina o alcanza por el poder económico, por el lugar donde se vive y por tener todo resuelto en esta vida. Este trío es una mezcla caótica de todas las pasiones sensibles sin el dominio de la razón y sin el acto de la voluntad como apetito del bien.

En el tercer paso, se tiene el fomento de la actitud relativista cínica que abandera la idea de que lo verdadero no importa, puesto que aquello que se dice no es verdad objetiva y lo que se sostiene se hace únicamente por motivos “prácticos”. Lo relevante aquí es que en el fondo hay un profundo desprecio por el prójimo, y el cual no es más que la insolencia de defender la falsedad conociendo su falsedad. Finalmente, la frivolidad es el denominador común de toda corrupción de las pasiones, porque la frivolidad es, por definición, una agitación que se encubre a sí misma, como una niebla que impide verse a sí mismo. Ahondando un poco más, *frivulus* es aquello o aquél que es sin sustancia, que se muestra por palabras o hechos fútiles. La importancia de conocer los efectos de la frivolidad es crucial, dado que ella desvía la atención de lo esencial que consiste en el vaciamiento de la interioridad por medio del “divertimiento”. Agitado por las pasiones se busca la búsqueda, sin comprender el sentido de la soledad contemplativa; se ama el ruido y cuanto permita no “mirar dentro de sí”, impedir “pensar en sí mismo”. Así entonces, la frivolidad se “ocupa” y “habla” de todo sin comprometerse con nada

Ante este panorama contemporáneo, la tarea del hombre es el de recuperar la distancia entre él y las cosas, despojándose de lo que no es suyo y enfocar sus esfuerzos en la elección de un modo de vida acorde a su naturaleza racional. Recalquemos, que el *ethos* del hombre se configura en la *askesis*; creación de la morada de su ser. Ámbito en donde el hombre es el artífice de su propio carácter: es decir, su manera de ser; la impronta de su ser, la suma de cualidades, propiedades y disposiciones que la distinguen de los demás. Es así, que ante el ambiente adverso para el despliegue del espíritu, es imperativo tomar una posición que resquebraje la rigidez dogmática, de todos los *ismos*, de toda falacia -que reducen e incluso aniquilan el acto reflexivo del espíritu-, y es la posición de la duda. Para ello, la tarea intelectual que podemos emprender, nos dice, Jesús Navarro Reyes, exige dos condiciones: la primera, es que por medio de una crítica que arranca de la dialéctica de la convicción y de duda, se obtenga un primer germen que articule y de cuerpo a esa dialéctica; la segunda, “es disponer de una concepción del sujeto que piensa y que actúa, o al menos presuponerla y ejercitarla, que permita tanto la cercanía como la inmediatez de la convicción como la distancia que supone la capacidad de dudar” (2007). Hay que recalcar que el espíritu dispuesto a ejercitarse se revela no como mera condición para dar cuenta de esa dialéctica, sino como *la* condición crucial.

Por ende, el hombre debe estar consciente de su potencialidad, y saberse como alguien que juzga y que es capaz de dar cuenta de la fragilidad de sí y del mundo, o que es capaz de dudar de sí. Quien juzga y quien actúa recibe un nombre filosófico con el que peleará la modernidad toda, empero, para nosotros, representa la herencia filosófica: el de sujeto. Ese alguien no debe ser ninguno de los sujetos de la enunciación de cada juicio ni ninguno de los sujetos de los actos vividos o padecidos. No debe ser lo patente, sino algo latente pero activo. El sujeto, lo que subyace, está latiendo en cada acto y en cada juicio, pero con ninguno se identifica. Consecuentemente, a los contemporáneos les inquieta el conocimiento de la naturaleza y la experiencia, los significados de las acciones, el espacio público de la autoridad, de los que este sujeto puede dar fe. Para nosotros se trata, sencillamente, del sujeto frente al objeto, la de su mente como reflejo de la naturaleza.

El problema que se plantea ahora, es el cómo dar cuenta de una experiencia y de un vivir la experiencia que no permitan certidumbres, el de cómo articular comprensiones en contextos opacos: el de la acción, el de los otros y sus mentes y sentimientos, el de la propia experiencia de sí. El camino que Montaigne nos muestra, es el de ir descartando espacios de certezas para ir, con ello, buscando nuevos lugares en los cuales ejercer el juicio, sin olvidar que cada cosa dicha es verdadera o interesante o discutible, pero que ninguna agota el principio activo que mueve y da vida a lo que se dice. Pero es el pensamiento el que más pertinazmente afirma y el que mejor pertinazmente socava. Es un movimiento, de flexibilidad: de dar un paso fuera de lo que decimos, de lo que juzgamos y creemos, para, con ello, dar un paso hacia adentro de sus razones o de sus sentidos, para saber qué hacemos al hacerlo. Como bien puede apreciarse, este es el movimiento natural del espíritu cuando se ejercita, porque nuestros conceptos han de ser embridados a contextos de significación precisos, porque de lo contrario, pueden perder toda significación o conducirnos, como diría un Kant, a irresolubles antinomias. Así las cosas, este es el movimiento del espíritu: verticalmente elevándose y descendiendo, de lo individual a lo universal; horizontalmente saliendo y entrando, de lo subjetivo a lo objetivo. Ejercicio espiritual que disuelve entonces las certidumbres tras afirmarlas. Sabe y no sabe. Tiene y no tiene, dice y no dice. Movimiento de un hallazgo, esta vez sí, liberador.

Para concluir, frente a la sofística actual, que expande económica, política y éticamente, la construcción de una subjetividad ensimismada y autosuficiente, caracterizándose por su crueldad y tiranía -porque este pensamiento no objetivo pretende sumergirnos en la ignorancia, en lo intelectual, y en la pasión, el miedo y la violencia, en la voluntad- hay que anteponer el ejercicio espiritual. Como lo dice Alexander Koyré, es el discernimiento discriminante entre lo verdadero y lo falso. Este paso de la pequeñez de la subjetividad individual y pasional a la objetividad de la perspectiva universal, es el ejercicio del pensamiento puro. Esta característica del filósofo recibe aquí por vez primera un nombre que ella conservará en toda la tradición antigua: la grandeza de alma. Esta grandeza es el fruto de la universalidad del pensamiento. Todo el trabajo especulativo y contemplativo deviene así ejercicio espiritual en la medida en que, elevando el pensamiento hasta la perspectiva del Todo, la libera de las ilusiones de la individualidad. Escuchemos, pues la recomendación de Epicteto: *hombre, si eres alguien, ve a pasearte solo, conversa contigo mismo.*

María Cristina García Gutierrez
México

Bibliografía

- Caturelli, Alberto.: *Orden natural y orden moral. Lecciones de filosofía moral.* Buenos Aires, 2011. Gladius.
- Chevalier, Jacques.: *Historia del pensamiento. Vol.I. El pensamiento antiguo. Traducción al francés y prólogo de José Antonio Miguez.* 1ª edición 1963. Madrid, 1969. Aguilar.
- Hadot, Pierre.: *¿Qué es la filosofía antigua?* 1ª edición en español 1998. México, 1998. Fondo de Cultura Económica.
- Pierre Hadot.: *Exercices spirituels et philosophie Antique.* 3ª edición. Paris,1993. Institut d'Études Augustiniennes.
- Navarro Reyes, Jesús.: *Pensar sin certezas. Montaigne y el arte de conversar.* 1ª edición. España, 2007. Fondo de Cultura Económica.